

Viernes Santo

El Viernes Santo la Iglesia no celebra Eucaristía. Su lugar lo ocupa la celebración de la Pasión del Señor, cuya finalidad es que los fieles contemplen el misterio de la cruz. Esta celebración está formada por tres partes: liturgia de la palabra, adoración de la cruz y comunión.

Aunque el misal indica que la celebración tenga lugar cerca de las tres, el momento en el que Jesús murió, permite elegir otra hora más oportuna. Quizá sería conveniente optar por el final de la mañana, hacia las 12:00, para que así la cruz gloriosa de nuestro Salvador ocupe el lugar central de la iglesia durante casi la totalidad del Viernes Santo.

*** CENTRALIDAD DE LA CRUZ**

La centralidad del día la ocupa la cruz. Pero no debemos presentarla como el lugar del suplicio, del dolor, sino como el lugar de la victoria de Cristo. Con la cruz la Iglesia proclama la victoria de Jesucristo sobre la muerte, el triunfo de su amor. Por eso se ha convertido en el signo de nuestra redención. Hay que ser consciente de que, en la celebración, se muestra, por tanto, la cruz triunfante, gloriosa.

En cada una de las tres partes que componen la celebración se contempla la cruz, al crucificado, desde diferentes perspectivas. Así en la liturgia de la palabra, la pasión y crucifixión es anunciada en las lecturas, explicada en la homilía e invocada en la oración universal. En la adoración de la cruz, la pasión y crucifixión es venerada. Finalmente, al comulgar recibimos, en el pan consagrado, el cuerpo del crucificado.

Tras la celebración habría que dejar la cruz en un lugar visible con algunas lámparas o cirios, y tener la iglesia abierta para que los fieles puedan entrar a rezar.

*** AUSTERIDAD DE SIGNOS LITÚRGICOS**

La celebración del Viernes Santo debe ser sobria, austera. En ella están ausentes muchos de los signos litúrgicos habituales: el altar permanece desnudo por completo (sin cruz, sin candelabros, sin manteles); no hay flores que adornen la iglesia; el órgano, u otros instrumentos musicales, sólo se pueden tocar para acompañar el canto; las campanas guardan silencio; los ritos iniciales son muy sobrios; en la proclamación del evangelio se suprimen todos los elementos fes-

tivos que solemnizan este momento; la procesión para trasladar la comunión desde el lugar donde se reservó el Jueves Santo hasta el altar es muy sencilla; la salida se hace en absoluto silencio. Así se manifiesta la tristeza y el dolor por la muerte de Cristo y, también, se evita cualquier tipo de distracción que pudiera descentrarnos del misterio que se celebra: la muerte del Señor. Además, esta austeridad, sirve para marcar un claro contraste con la Vigilia Pascual, que se caracteriza por ser extraordinariamente alegre y festiva.

* LITURGIA DE LA PALABRA

Si habitualmente debe cuidarse la proclamación de los textos bíblicos, hoy de un modo particular, para conseguir el clima de oración y contemplación propio de la celebración de este día.

Durante el evangelio se pueden intercalar algunos cantos breves para que la lectura de este largo relato no resulte monótona y se mantenga la atención de la asamblea.

La oración universal también hoy es especial, por su contenido y por su forma. Por una parte, podríamos decir que es más universal que nunca y, por otra, se desarrolla siguiendo el primitivo esquema de la liturgia romana. Conviene dejar un breve espacio de silencio tras la invitación de la oración, que no la debe decir el presidente, y la oración conclusiva de cada petición.

* ADORACIÓN DE LA CRUZ

El Misal ofrece dos ritos para introducir la cruz en la iglesia y mostrarla a los fieles. El primero es entrar con la cruz cubierta hasta el altar e ir destapándola. El segundo es entrar con la cruz descubierta deteniéndose en tres lugares: en la puerta, a mitad del recorrido y antes de subir al presbiterio. Esta segunda opción la consideramos más expresiva por la conexión que muestra con la Vigilia Pascual y con Cristo resucitado. Se manifiesta la unidad y continuidad de ambas celebraciones pues en los tres lugares donde el Viernes Santo se muestra a Cristo crucificado, en la Vigilia Pascual se presenta el cirio pascual, signo de Cristo resucitado. El crucificado es el resucitado; el resucitado es el crucificado.

Después, aunque resulte largo, pasa cada uno a venerar la cruz individualmente para reconocer personalmente que el crucificado es su Señor. Para agilizar este momento se pueden hacer dos filas, y que cada una pase a besar uno de los brazos de la cruz. Para que el signo no pierda fuerza no debe utilizarse mas que una única cruz.

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI